

Antón Chéjov

# Los mejores cuentos

ALIANZA EDITORIAL

Traducción de Ricardo San Vicente  
y de Juan López-Morillas («Enemigos» y «El obispo»)

Primera edición: 2012  
Segunda edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)  
Fotografía: © Mondadori Portfolio / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © del prólogo y la traducción: Ricardo San Vicente, 2012
- © Herederos de Juan López-Morillas por la traducción de «Enemigos» y «El obispo».
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1362-626-0  
Depósito legal: M. 27.767-2021  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Presentación

### Sangre esclava

Por Ricardo San Vicente

Escriba usted un relato de cómo un joven, hijo de un siervo, que ha trabajado en una tienda, que ha cantado en el coro de una iglesia, estudiante en un instituto y en la universidad, educado en el respeto a los grandes títulos, enseñado a besar la mano a los sacerdotes, a someterse a las ideas de los demás, a dar las gracias por cada pedazo de pan, apaleado muchas veces, obligado a ir a la escuela sin chanclos, cómo, después de tantos sufrimientos, este joven elimina gota a gota el esclavo que lleva dentro, y cómo un buen día comprueba que por sus venas ya no corre sangre de esclavo, sino sangre de verdad, sangre humana.

*Carta de Chéjov a Suvorin (1889)*

Al igual que en la Rusia de finales del siglo XIX, la obra de Antón Pávlovich Chéjov hoy resulta de una modernidad sorprendente. Hasta el extremo de que algunas obras actuales parecen pertenecer a un pasado mucho más lejano que la de nuestro narrador.

Hijo de un tipo violento, despótico, fantasioso y maltratador, el hombre y el escritor no da muestra alguna de violencia ni de las demás lacras que caracterizan a la figura de su progenitor. Tampoco se dedica, cuando la fama lo señala, a pontificar, como haría su maestro Tolstói sobre «la no resistencia al mal con

violencia», o a clamar, como el profeta de la tierra rusa, Dostoyevski, que todos nuestros males vienen de ignorar la infalible y eterna voz del Creador.

Es decir, en un mundo violento, jerárquico y autoritario aparece un hombre ajeno a toda imposición o norma y que además escribe con un talante a la vez natural y poco común.

Tras una infancia que el propio autor confiesa no haber tenido –golpes, hambre, sueño, humillaciones–, uno podría pensar que las obligadas e inacabables visitas al coro de la iglesia hubieran empujado al joven escritor a convertirse o en un anticlerical o en un ser alejado de todo culto al arte, y menos aún al Altísimo... Quedan de estos primeros años las no menos obligadas «guardias» en la tienda del padre, sirviendo a los clientes y parroquianos, infierno para algunos, aunque tal vez el escenario ideal para que Antón acumulara los mil tipos «curiosos» que pueblan sus relatos.

Una vida dura, casi inhumana, llena de privaciones, no engendra un ser lleno de ira y dado a echar por tierra todo lo que se le cruza en el camino, sino que crea un individuo que se mantiene ajeno a cualquier dogma –sea fruto de las ideas o de la fe–, que si cree en algo es en la dignidad y en la libertad del hombre, que considera el cuerpo el templo de la persona, que duda de toda afirmación rotunda y más si es impuesta, así como de toda verdad o principio indiscutible.

La decisión de dedicarse a la medicina se convierte en una vocación para el resto de su vida y su condición de médico tiñe toda su obra... Y dota a sus creaciones de este carácter descriptivo y diagnóstico, que hace de ellas un cuadro transparente y crítico de la vida rusa.

Y este trazo, a su vez, lo aleja de las coordenadas literarias de su tiempo, cuyos rasgos principales son el sentido normativo de los valores y el carácter profundamente ético y social, didáctico incluso, de la literatura.

Pero el rasgo más característico de la obra de Antón Chéjov ha sido el haber conseguido borrar de sus relatos y dramas el orden jerárquico de su tiempo. Y si algo elevado, importante, grande o destacado aparece en su obra, se convierte en insignificante, bajo o nimio, incluso ridículo. De ahí el menosprecio, si no el rechazo, que muestran hacia Chéjov los amantes de las bellas letras, de la literatura como expresión sublime y sutil, aristocrática, en suma. O la extrañeza que expresan los adalides de la dimensión moral de la literatura ante la falta aparente de mensaje en la obra del narrador.

Del mismo modo, ante una visión de un correr del tiempo ordenado de sus antecesores, Chéjov nos anuncia un tiempo roto, fragmentado y, lo que es peor, inesperado.

Ante la pregunta de una joven escritora sobre qué le había parecido su relato, Chéjov le contesta que no le parecía mal, aunque le recomendaba que, como si se tratara de la cabeza y la cola de un pescado, le cortara el principio y el final, anunciando así la fragmentariedad de su tiempo narrativo y sus finales abiertos (que ni el lector hasta hoy se atreve a cerrar). Situando sus relatos como fragmentos de un caos fragmentado y confuso. Como la vida.

El joven Chéjov se gana la vida escribiendo cuentos por las noches mientras se forma para lo importante, que es la medicina. La literatura es una activi-

dad mercenaria que sirve para dar de comer a su familia. Y es así y tal vez la vida hubiera seguido otro derrotero, de no ser por la crucial carta que recibe de Dmitri Grigoróvich, un escritor entonces célebre y respetado.

Lo cierto es que ya antes de la carta, en los relatos de Chéjov, como en su vida, asoma un cambio. Tal vez influyera el hecho de ya ser médico y de ganarse la vida en provincias con su nueva profesión, el caso es que con *Agafia* se produce un vuelco en el torrente cómico, siempre agrídulce, de quien se hacía llamar Antosha Chejonté...

Pero detengámonos en la carta que el 25 de marzo de 1886 le escribió Grigoróvich, así como en la respuesta del joven Chéjov, que de tan respetuosa parece escrita en un tono entre agradecido y burlón.

*Mi estimado Sr. Antón Pávlovich:*

*Hará un año que leí por casualidad en la Gaceta de Petersburgo un relato suyo. Ahora no me viene a la memoria el título, sólo recuerdo que en él me sorprendieron sus rasgos particularmente originales y, lo más importante, una notable certeza y veracidad en la representación de los personajes, así como en la descripción de la Naturaleza. Desde entonces he leído todo lo que he visto firmado por Chejonté, aunque en mi fuero interno me enojaba con la persona que se valorara tan poco como para creer necesario recurrir aún a un seudónimo. Leyéndole, constantemente le recomendaba a Suvorin y Burenin que siguieran mi ejemplo. Ambos me han hecho caso y ahora, junto conmigo, no albergan duda alguna de que tiene Usted un verdadero talento, un don que lo sitúa muy por encima del círculo de escritores de la nueva generación. Yo no soy periodista ni editor; sólo puedo*

*sacar provecho de Usted leyéndolo, y si hablo de su talento es porque estoy convencido de ello.*

*He sobrepasado los sesenta y cinco años, pero he conservado tanto amor por la literatura, sigo con tanto entusiasmo sus logros, me alegro tanto cuando doy en ella con algo vivo y talentoso, que, como Usted ve, no me he podido contener y le tiendo mis dos manos. Pero esto no es todo. Esto es lo que quiero añadir: dada la diversidad de su indudable talento, su certero sentido del análisis interior, su arte en las descripciones (la ventisca, la noche y el lugar en Agafia, etc.), el sentido de la plasticidad, donde con cuatro trazos surge todo un cuadro: las nubecillas en un ocaso que se extingue, «como las cenizas en un fuego que se apaga...», etc., estoy convencido que está llamado Usted a escribir unas cuantas obras espléndidas de auténtico arte. Y cometerá un gran pecado moral si defrauda estas esperanzas.*

*Para ello esto es lo que necesita Usted: debe respetar su talento, algo que tan rara vez se encuentra. Deje los trabajos urgentes. No sé de qué medios dispone; si son pocos, más vale que pase hambre, como en nuestro tiempo pasamos hambre nosotros; guarde sus impresiones para un trabajo reflexivo, esforzado, no escrito de una sentada, sino redactado en las felices horas que su estado de ánimo le dicte. Una labor como ésta será valorada cien veces más que centenares de maravillosos relatos diseminados en distintos momentos en los periódicos. En seguida su esfuerzo se verá premiado y aparecerá Usted en el punto de mira de personas más sensibles y más tarde del público lector.*

*A menudo sus relatos se cimientan sobre motivos de un talante algo cínico. ¿A qué se debe esto? La veracidad, el realismo no sólo no excluyen la elegancia, sino que muchas veces salen ganado con ello. Domina Usted hasta tal punto la forma y el sentido de la plástica, que no hay necesidad algu-*

*na de hablar, por ejemplo, de unos pies sucios con las uñas retorcidas, o del ombligo de un pobre sacristán. Detalles como éstos, en puridad, no añaden nada a la belleza plástica de la descripción, más bien no hacen otra cosa que desmerecer la impresión a los ojos de un lector con gusto.*

*Perdone por lo que más quiera estas observaciones; me he decidido a expresarlas sólo porque de verdad creo en su talento y deseo con toda el alma que éste se desarrolle y exprese en toda su plenitud.*

*Hace unos días, me dijeron que va a aparecer un libro con sus relatos; si éste aparece con el seudónimo de Che-jonté, le ruego encarecidamente que telegrafe al editor para que ponga en él su nombre verdadero. Después de sus últimos relatos de «Tiempo Nuevo» y del éxito de El cazador, el libro tendrá un gran éxito. Me encantaría tener la confirmación de que no se ha enfadado Usted por mis observaciones; pero tómese las como corresponde a un buen corazón; del mismo modo como le escribo yo a Usted: no desde la autoridad, sino con la más pura de mis intenciones.*

*Reciba el saludo de un amigo que le desea todo lo mejor,  
Respetuosamente,  
D. Grigoróvich.*

*Mi buen Dmitri Vasílievich, mi bien amado Ángel de la Anunciación –le contestaba Chéjov tres días después–, su carta me ha fulminado como un rayo. Casi me echo a llorar, me he emocionado y ahora siento que ha dejado una huella profunda en mi alma. Sus palabras han sido una caricia para mi juventud; así pues, que el Señor llene de paz su vejez, ya que yo no he de encontrar las palabras o acto alguno que exprese mi agradecimiento. Sabe Usted con qué ojos mira la gente común a los elegidos como Usted; podrá por ello juzgar lo que representa para mi amor propio su carta.*



*Está por encima de cualquier diploma, y para un escritor que empieza es un honor para el presente y el futuro. Me siento como sofocado. No tengo fuerzas para juzgar si merezco o no tan alto galardón... Repito tan sólo que me ha impresionado.*

*Si poseo un don que conviene respetar, confieso contrito ante la pureza de Su corazón que hasta ahora no lo he respetado. Sentía que lo tenía, pero me he acostumbrado a considerarlo insignificante. Para ser con uno mismo injusto, aprensivo y receloso en extremo, a un organismo le bastan causas del todo ajenas. Y causas como éstas, tal como ahora recuerdo, las tengo suficientes. Todos mis allegados siempre se han mostrado condescendientes con mi condición de autor y no han dejado de aconsejarme de modo amistoso que no abandonara una auténtica tarea por la de emborronar hojas de papel. En Moscú tengo centenares de conocidos, entre ellos habrá unas dos decenas que escriben, pero no puedo recordar a ninguno de ellos que me leyera o que viera en mí a un artista. En Moscú existe un así llamado «círculo literario»: talentos y medianías de todas las edades y categorías se reúnen una vez a la semana en el reservado de un restaurante y sacan allí a pasear sus lenguas. Si yo fuera allí y les leyera aunque fuera un trocito de Su carta, se me reirían en la cara. Durante los cinco años de vagabundeos por las revistas he tenido tiempo de empaparme de esta opinión general hacia mi insignificancia literaria, pronto me he acostumbrado a mirar con conmisericordia mis trabajos y he dado rienda suelta a mi pluma.*

*Ésta es la primera razón... La segunda es que soy médico y ando metido hasta el cuello en mi medicina, de modo que el proverbio de los dos pájaros de un tiro a nadie le ha impedido conciliar el sueño tanto como a mí.*

*Le escribo todo esto tan sólo para justificarme aunque sea un poco ante Usted por mi grave pecado. Hasta el pre-*

sente he considerado mi tarea literaria como algo frívolo en grado sumo, negligente y prescindible. No recuerdo ninguno de mis relatos sobre el que trabajara más de un día, y en cuanto a El cazador, que le ha gustado usted, ¡la escribí en los baños! Como los reporteros redactan sus notas sobre incendios, así he escrito yo mis relatos: mecánicamente, de manera semiinconsciente, sin preocuparme para nada ni del lector ni de mí mismo... Escribía y hacía lo posible por no emplear en el relato ni imágenes ni escenas que me resultaban entrañables y que, Dios sabe por qué, guardaba y escondía con celo.

Lo primero que me inclinó a la autocrítica fue una carta muy amable y, hasta donde se me alcanza, sincera de Suvo-rin. Me dispuse a escribir algo más potable, pero, de todos modos, yo no tenía fe en mi propia valía literaria.

Y he aquí que, sin comerlo ni beberlo, apareció ante mí Su carta. Perdóne la comparación, pero ésta me causó el mismo efecto que si el gobernador me hubiera conminado a abandonar la ciudad en 24 horas. Es decir, de pronto sentí la imperiosa necesidad de apresurarme, de escapar cuanto antes del hoyo en el que me había visto atrapado...

Estoy de acuerdo en todo con usted. El cinismo que usted me señala, yo mismo lo percibí cuando vi La bruja publicada. Si en lugar de en un día, hubiera escrito el relato en tres o cuatro, esto no hubiera sucedido...

De los trabajos urgentes me voy a librar, pero no pronto... Me resulta imposible escapar de la trampa en la que he caído. No tengo inconveniente en pasar hambre, ya la he pasado, pero el problema está en mí... A la escritura le doy mi tiempo de ocio, unas dos o tres horas al día y un poco de la noche, es decir un tiempo que no sirve para más que para trabajos pequeños. En verano, cuando tengo más tiempo libre y hay menos que hacer, me dedicaré a algo serio.

*En cuanto a poner mi verdadero nombre en el libro, ya no es posible, es tarde: la portada ya está hecha, y el libro, impreso. Muchos de mis conocidos de Petersburgo, ya antes que Usted, me habían aconsejado no estropear los libros con mi seudónimo, pero no les he hecho caso, tal vez por amor propio. Mi librito no me gusta nada. Es un revoltijo, un montón desordenado de trabajillos de estudiante que la censura y los redactores de las ediciones humorísticas han desplumado. Estoy seguro de que al leerlo muchos se sentirán decepcionados. De haber sabido que se me lee y que Usted me sigue, no habría publicado el libro.*

*Toda mi esperanza está en el futuro. Tengo sólo 26 años.*

*Quizá tenga ocasión de hacer algo, aunque el tiempo corre de prisa.*

*Perdone por esta larga carta y espero no le eche en cara a este servidor la osadía de haberse premiado, por vez primera en la vida, con el placer de escribir una carta a Grigoróvich.*

*Mándeme, si es posible, su retrato. Me he sentido tan mimado y tan fuera de mí con su carta, que, no una hoja, sino todo un montón le hubiera escrito. Que Dios le dé felicidad y salud; en la confianza de que crea en la sinceridad de mi profundo respeto hacia su persona, de este agradecido*

*A. Chéjov*

Y es a partir de entonces cuando se consolida el arte de Chéjov, quien, dejando en un segundo plano las cosas escritas en un día, estampas chispeantes, breves, cómicas, que iluminan la mente del lector para apagarse al rato, se lanza a la creación de los relatos de los que se recoge aquí una muestra.

Chéjov, a mi entender, eleva a la condición de arte el relato sobre la realidad, rompiendo los moldes que

conforman la literatura de su tiempo. Para ello decide ignorar el orden de los géneros, el estatus de los personajes y el propio valor que entonces se concede a la actividad literaria. Pues la vida no sabe de títulos ni grados. Cambia el valor y naturaleza del tiempo: deja atrás la temporalidad ordenada y coherente para mostrarnos un tiempo aleatorio, episódico. De modo que, frente a los grandes géneros, destaca el cuento y el relato; frente a los grandes personajes o escenarios, el hombre pequeño o la ciudad provinciana sin nombre conocido. Lugar casual y anónimo donde la acción se desarrolla no en un momento crucial de la Historia o de la vida del héroe, sino en un fragmento fortuito, en un instante casual. Viajamos pues de la racionalidad al absurdo; de la coherencia, a lo fragmentario y aleatorio. En general, Chéjov adopta una nueva actitud, desacralizada, desenfadada hacia la literatura, para construir de este modo una inmensa galería de personajes, situaciones y escenas, recogiendo en su diversidad y caos la Rusia de su tiempo.

El gran tema de Chéjov es la libertad, o, mejor dicho, la falta de libertad interior en los hombres de su tiempo. A esta constatación —expresada de manera cómica al principio de su actividad literaria y con amargura al fin—, a la incapacidad de los seres humanos de ser ellos mismos, de hacerse cargo de su propia vida, de eliminar «gota a gota el esclavo que lleva dentro», dedica su obra narrativa y dramática. La realidad irrumpe en la obra del escritor, que adapta su arte a la realidad y no la realidad o la ficción a los pretendidos moldes del arte.

Mucho se ha escrito sobre el narrador y dramaturgo, sobre el hombre, el creador y su obra. Pero hoy,

para acabar esta invitación a la lectura de Chéjov, quisiera detenerme en las palabras de un escritor ruso en el exilio. Gaito Gazdánov, autor de una obra sutil y hasta hace poco ignorada en español, recordaba sesenta años después de su muerte al maestro<sup>1</sup>.

(...) Ahora sobre el lugar de Chéjov en la literatura rusa no puede haber discusión, aunque en su tiempo el crítico Skabichevski profetizó que Chéjov moriría borracho y tirado junto a una valla (sorprendente ejemplo de argumento literario). A la hora de hablar de cómo escribía Chéjov conviene tal vez señalar que el autor fue uno de los muy pocos escritores rusos a los que se podría denominar con la palabra *maître* (no sé de ninguna palabra rusa que corresponda a este concepto). Su lenguaje es inusitadamente preciso, expresivo, cada palabra se halla justamente allí donde debe; en Chéjov resuena un ritmo narrativo inequívoco, impecable en su perfección. Hay que decir que esta cualidad no abunda en la literatura rusa: en ella se han dado o genios, como Gógol, Dostoyevski y Tolstói, o escritores de segunda fila, que en la mayoría de los casos tenían una pobre idea de lo que era el arte literario.

Chéjov no era amigo de las «visiones del mundo», como tampoco le gustaban las grandes palabras ni los tonos subidos, ni la exhibición de los propios sentimientos, ni los aspavientos, ni las exageraciones. Cuenta Gorki que cuando en su presencia cierto intelectual ruso se quejaba de que «la reflexión se me ha comido», Chéjov le contestó: «Pues beba menos vodka». Pero, a pesar de que siempre escribía

---

1. Gaito Gazdánov, *Sobre Chéjov. A los sesenta años de su muerte*, Obras en 5 tomos, Ellis Lak, Moscú, 2009, pp. 662-664).

con palabras sencillas sobre las cosas más simples, en su obra se dan los mismos eternos problemas, trágicos e irresolubles, fuera del acercamiento a los cuales no existe ni el auténtico arte, ni la verdadera cultura.

(...)

El talento y el genio son por naturaleza fenómenos inexplicables. Tomen ustedes a un millón de personas, obliguen a cada uno de ellos a nacer en la familia de Chéjov, en 1860, en la ciudad de Taganrog, hagan que cada uno de ellos termine sus estudios en un centro de enseñanza media, que luego viajen a Moscú e ingresen en la facultad de medicina; en una palabra, coloquen a cada una de estas personas en unas condiciones del todo idénticas a las que tuvo Chéjov en su vida. Y luego miren a ver quién de ellos ha escrito *Campesinos*, *La estepa* o *El pabellón número seis*. Cierta vez, durante una charla literaria, uno de mis amigos dijo: «Si Tolstói no hubiera participado en la defensa de Sevastópol, no habría podido escribir *Guerra y paz*. No me atrevo a opinar al respecto, y además no hay nada más peligroso en estos temas que el modo subjuntivo. Pero lo que sí sé es que ninguno de los defensores de Sevastópol, salvo Tolstói, escribió *Guerra y paz*, y nadie habría podido haberlo hecho.

Chéjov no habría podido conocer tan bien la vida cotidiana del pueblo ruso si no hubiera sido médico, esto es algo completamente cierto. Pero ¿qué otros médicos, profundos conocedores también de esta vida, habrían escrito lo que escribió Chéjov? No, su biografía, repito, no explica su obra y no la puede explicar. Y si hemos de quedarnos sin falta en el marco de este esquema –vida y obra–, me parece más verosímil la afirmación de que no es la vida la que ha de-

terminado la obra de Chéjov, sino su obra la que ha marcado su vida. Como todos los escritores notables, Chéjov vio, comprendió y creó demasiado. Pero no disponía de las fuerzas titánicas que explican la asombrosa longevidad de algunos genios como Tiziano, Miguel Ángel, Goethe o Tolstói. El peso que cargó sobre sí, toda esta infinita tristeza rusa, toda esta pobre vida sin posible salida, toda su desesperación, el saber que nada se podía cambiar, semejante peso resultó demasiado grande para él y no lo pudo soportar; y, quebradas sus fuerzas, se fue sin dejarnos en lo que escribió ni esperanzas, ni promesas de un futuro mejor.

Dentro de la narrativa de Chéjov –es decir, dejando a un lado el teatro– se pueden distinguir tres formas y casi tres medidas. El relato breve o cuento recoge los instantes y ocurrencias de unos personajes arrancados de su caótico e ignorado y casi siempre absurdo devenir. Las novelas, también siempre cortas, se dibujan como campos de experimentación más complejos de la vida o de las teorías de algún pensador, que el narrador convierte en el laboratorio de la ficción. Pero son finalmente los relatos no tan breves –relatos largos o novelas breves, para algunos– el género y estilo que practica a partir de 1886 hasta el final de su vida. Y es de ellos que aquí se ha recogido una buena muestra.

Siguiendo el talante del propio autor, que hace de su obra un gran cuadro de la vida rusa, de los hombres y mujeres en sus diversas condiciones, esta selección pretende ofrecer una pequeña galería. Médicos y obispos, campesinas y hacendados, amantes del arte y estudiantes, doncellas y maestros, ingenieros y jueces

son algunos de los muchos tipos y personajes que pueblan este fresco. Pero, más allá de esta visión caleidoscópica, la antología pretende reflejar los grandes temas de Chéjov, inquietudes, coordenadas morales, al fin, que resulta difícil recoger en esta presentación (para ello, además, están los propios relatos), aunque tal vez sí resumir con la siguiente reflexión: La vida es absurda y difícilmente tiene sentido en sí misma, por eso quizá la única salida que nos queda es ser nosotros los que dotemos nuestra existencia de un objetivo y un significado. ¿Cuál?, se puede preguntar el lector, igual que se lo formularan al escritor sus contemporáneos. A eso Chéjov a veces contestaba: «Yo construyo escuelas –refiriéndose a las aportaciones que destinaba a centros escolares y bibliotecas–, pero no doy clases en ellas».

Barcelona, 20 de junio de 2012

RICARDO SAN VICENTE



## Agafia

Durante mi estancia en el distrito de S., había visitado a menudo los huertos de Dúbov, donde vivía el campesino Savva Stukach, o simplemente Savka. Aquellos huertos eran mi lugar preferido para los días de pesca que yo llamaba «general», de esos que, cuando sales de casa, no sabes ni el día ni la hora en que volverás y cargas hasta con el último aparejo y abundantes provisiones. A decir verdad, no me atraía tanto la pesca como el despreocupado vagar, comer a cualquier hora, charlar con Savka y los largos cara a cara con las calladas noches de verano.

Savka era un joven de unos veinticinco años, alto, guapo y sano como el pedernal. Se le tenía por persona juiciosa y lista, sabía leer y escribir, raras veces probaba el vodka, pero como trabajador aquel hombre joven y sano no valía ni una moneda de cobre. Junto a la fuerza, por sus músculos recios como cuerdas corría una pereza pesada, invencible.

Savka vivía, como todos los de la aldea, en una isba propia; disponía de un pedazo de tierra, pero que ni araba ni sembraba, y no se dedicaba a oficio alguno. Su vieja madre vivía de la caridad, y él, como los pájaros del campo, por la mañana no sabía qué iba a comer al mediodía. No es que le faltara voluntad, energía o compasión por su madre, sino que sencillamente

no sentía apego por el trabajo ni veía en él provecho alguno...

Toda su persona emanaba un aire de despreocupación y una pasión innata, casi artística, por vivir de balde, de brazos cruzados. Y cuando su cuerpo joven y sano se sentía llamado físicamente a poner a trabajar los músculos, Savka se entregaba, por corto tiempo, a alguna ocupación libre, pero absurda, como la de afilar estacas que no servían para nada o jugar con las mujeres a ver quién corría más. Su postura preferida era la concentrada inmovilidad. Era capaz de pasarse horas enteras quieto en el mismo sitio mirando a un punto fijo. Y cuando se movía era por un arranque de inspiración, pero sólo si se le presentaba la oportunidad de hacer un movimiento veloz, impetuoso: agarrar por la cola a un perro corriendo, arrancarle el pañuelo a una mujer, o saltar un ancho foso. De modo que no es de extrañar que, con tanto ahorro de movimientos, Savka fuera más pobre que las ratas y viviera peor que el paria más solitario del lugar.

Con el tiempo, se le acumularon los impuestos y entonces el Consejo de la aldea destinó al joven y sano Savka a un cargo más propio de un viejo, el empleo de guarda y de espantapájaros de los huertos comunales. Por mucho que se burlaran de él por verse tan prematuramente en la condición de anciano, Savka no se inmutaba lo más mínimo. Aquel puesto, tranquilo y cómodo para la contemplación inmóvil, era el más acorde con su modo de ser.

Una vez estaba yo con Savka durante un hermoso atardecer de mayo. Recuerdo que yo me hallaba echado sobre una manta rota y gastada junto a una cabaña que despedía un denso y sofocante olor a hier-

ba seca. Con las manos bajo la cabeza, miraba al frente. A mis pies, en el suelo, había un horcón de madera. Más allá, se recortaba la negra mancha de *Kutka*, la perrita de Savka, y a no más de cuatro pasos, la tierra se desplomaba por la orilla abrupta de un riachuelo. Acostado como estaba, no podía ver el agua. Divisaba sólo las puntas de los juncos, que se apretujaban a este lado del río, y el borde sinuoso, como si lo hubieran roído, de la orilla opuesta. Lejos del río, sobre una oscura colina, como jóvenes perdices asustadas, se apiñaban las isbas de la aldea en que vivía mi Savka. Tras la colina languidecía la aurora de la tarde. No quedaba más que una franja púrpura pálida y aun ésta se iba recubriendo de diminutas nubecillas, como la ceniza cubre las brasas.

A la derecha del huerto, susurrando suavemente y estremeciéndose de vez en cuando ante una repentina ráfaga de aire, se dibujaba el perfil oscuro de un bosque de alisos; a la izquierda se extendía sin fin el campo. Y allí donde la vista no podía distinguir en la penumbra el campo del cielo, centelleaba una brillante lucecita. Apartado de mí se sentaba Savka que, con los pies cruzados a la turca y la cabeza baja, miraba pensativo hacia *Kutka*.

Hacía mucho que los anzuelos con el cebo ya estaban en el río y no nos quedaba otra cosa que hacer que entregarnos al reposo, estado del que tan amigo era el nunca cansado y siempre ocioso Savka. El crepúsculo aún no se había apagado del todo y la noche de verano envolvía la naturaleza con una caricia tierna y adormecedora.

Todo se detenía en el primer sueño profundo, sólo un pájaro nocturno, desconocido para mí, lanzaba en

el bosque, lenta, perezosamente, un sonido largo y nítido, que parecía articular la frase: «¿Tú ves a Ni-ki-ta?», y al instante se repetía a sí mismo: «¡Veo, veo, veo!».

—¿Por qué no cantarán hoy los ruiseñores? —pregunté a Savka.

Éste se volvió lentamente hacia mí. Los rasgos de su cara eran grandes, pero precisos, expresivos y suaves, como los de una mujer. Luego, con sus ojos tímidos y pensativos, miró hacia el bosque, hacia el junjal, sacó del bolsillo un caramillo, se lo colocó en la boca y comenzó a silbar como la hembra del ruiseñor. Al instante, como en respuesta a sus trinos, en la otra orilla lanzó su llamada un rascón.

—Ahí lo tiene al ruiseñor... —se mofó divertido Savka—. ¡Ras, ras! ¡Ras, ras! Rasca como un clavo y aún se creará que canta.

—A mí que me gusta este pájaro... —le dije—. ¿Sabes? El rascón cuando migra no vuela, sino que corre por el suelo. Sólo vuela al cruzar los ríos o los mares, pero todo lo demás lo hace andando.

—Mira el zorro... —murmuró Savka mirando con respeto hacia donde gritaba el rascón.

Sabiendo cómo le gustaba a Savka que le contaran historias, le expliqué todo cuanto sabía del rascón y había leído en los libros de caza. Del rascón pasé sin darme cuenta a los viajes migratorios. Savka me escuchaba atentamente, sin pestañear, y en todo el rato no dejó de sonreír.

—¿Y qué tierra creerán que es más suya los pájaros? —me preguntó—. ¿La nuestra o la otra?

—La nuestra, claro está. Aquí es donde nace el propio pájaro y donde tiene a sus crías, aquí está su patria, y vuela a otras tierras sólo para no helarse de frío.

–¡Curioso! –dijo Savka estirándose–. Hable de lo que hable uno, todo resulta curioso. Ahora de un pájaro, luego de las personas... o de este pedrusco, ¡todo tiene su ciencia!.. Ah, si hubiera sabido, señor, que iba a venir usted, no le habría dicho a una mujer que viniera aquí hoy... Me ha pedido que la dejara venir...

–¡Por favor! ¡No voy a ser un estorbo! –le contesté–. Hasta puedo irme a dormir al bosque...

–¡Lo que faltaba! No se habría muerto por venir mañana... Si al menos viniera y se quedara sentadita escuchando, pero ésta no hace más que babear. Con ella delante, no hay modo de hablar como Dios manda.

–¿Esperas a Daria? –pregunté después de un silencio.

–No... Hoy me lo ha pedido otra... Es Agafia Strelchija.

Savka dijo aquello con su voz acostumbrada, abúllica y algo sorda, como si hablara del tabaco o de un plato, pero yo, de la sorpresa, di un brinco. Yo conocía a Agafia... Era una campesina aún muy joven, de unos diecinueve o veinte años, casada no haría más de un año con un guardagujas, un muchacho joven y bien plantado. Ella vivía en el pueblo y el marido todas las noches venía del ferrocarril a dormir a casa.

–¡Muchacho, todas esas historias tuyas de faldas van a acabar mal! –comenté con un suspiro.

–Qué remedio...

Y, después de pensar un momento, Savka añadió:

–Si se lo tengo dicho, pero no hacen caso... ¡Las muy bobas no escarmientan!

Hubo un silencio... Entre tanto la oscuridad era cada vez más densa y los objetos perdían sus contor-